

bién yo, cuando era barbilampiño como tú, me solía enafecer en la discusión, insistir, porfiar y salirme con la mía. — Lástima, Pericles, replicó el muchacho, que no te hayamos conocido en esa dichosa edad en que eras superior á ti mismo». Pericles, asombrado, se le quedó mirando una buena pieza, y dijo para sí: « Este, si no se alza con la libertad de los atenienses, será el más ilustre de sus hijos». No de otro modo Sila, sorprendido de una contestación insolente de Pompeyo en sus verdes años, lejos de estrellarse contra el héroe principiante, exclamó: « ¡ Que triunfe! ; que triunfe! »

Alcibiades era discípulo de Sócrates, quién lo creyera, y uno de los jóvenes predilectos de su escuela. Las ideas del maestro se le imprimían tan fuertemente en la inteligencia, y los sentimientos de su ánimo en el corazón, que cuando Sócrates hablaba, Alcibiades, como arrebatado por los dioses á mundos invisibles, tenía los ojos y el alma fijos en ese hombre, quien era para él entonces el más bello de los nacidos. Este amor á la filosofía no era óbice á la disipación, pues los vicios de aquel pisaverde estudioso se compaginaban muy bien con los elevados pensamientos y las grandezas de espíritu que le salvan del vulgo al que los siente dentro de sí, aun cuando descende á la tierra debajo del poder de esos verdugos seductores que se llaman vicios y placeres. Los vicios de Alcibiades no eran bajos, de esos que desvirtúan el numen, ni desquiltan el corazón: sus aventuras, brillantes y ruidosas, tenían el sello de la grandeza, por cuanto amor, desnudo, pero en forma decente, iba sentado en el carro donde rodaba por el mundo la vida de ese hijo de las Gracias. Tiempo

le faltaba para sus visitas, citas y asaltos inesperados á casas donde le miraban con dulce horror; pero le sobraba para las lecciones de Sócrates, quien nunca le reprendió sus marros sino con amables y saladas vayas respecto de la causa de sus ausencias. Entre sobrarle á uno tiempo para ir á la escuela y hacer marros que son reprendidos con benignidad, parece haber contradicción: á buen seguro que la hallarán los que no leen una cosa por si les sea de provecho, mas antes con el fin de pescar en ella impurezas de estilo y lenguaje que echar al rostro del autor. Contradicciones, á cada paso; no que en obrita de éstas, pero en las grandes, donde la inteligencia se dilata y desenvuelve en ondas como bóvedas sublimes, y los afectos salen afuera en chorros de fuego que fulguran en el espacio. La precisión matemática es estéril: irregularidades, contradicciones y extravagancias son tachas sin las cuales ni la filosofía, ni la poesía cobrarán ese porte que infunde pavor ó amor, según que contemplamos los abismos de la una, ó sonreimos á los embelesos de la otra. Lo que quiero decir en todo caso es que Alcibiades hubiera sacrificado el amor de Láis á una conferencia de Sócrates; y no era hombre de perder una sonrisa de esa bella griega, ni por toda la sabiduría de su maestro. Amor y sabiduría, cosas eran para él de gran negocio; y la fineza de su genio, tener tiempo para las liviandades del uno y las austeridades de la otra.

Ocho días habían transcurrido del banquete de Platón, cuando el alegre mozo convidó á su vez á sus amigos á venir á su casa. Él, como cada quisque, tenía sus predilectos; y como no fuera obligatorio en ninguno de los que daban convites invitar á las mismas personas del anterior,

Alcibiades los alternó de esta manera : Cármidas y Cerécrates en vez de Hermójenes y Lycón; Speussipo en lugar de Platón; y para reemplazo de Autólico convidó á un hijo de la Grande Grecia, quien acababa de llegar de Siracusa. Era éste un barbilucio llamado Dailoco, de hermosura tan cumplida, que si no despertara envidia en los atenienses que prevalecían por la belleza, Critóbulo y Autólico mismos hubieran muerto de admiración. Á Platón no se le invitaba sino por cortesía : ciertos estaban todos de que, sin dejar de ser atento y amistoso, él de su genio era retraído y no gustaba de andar por casas ajenas, aun cuando en orden á sus amigos deseaba sacrificaran á las Musas. De Aristóteles dicen que era melancólico; á no ser que las desazones devoradas desde tan temprano hubiesen labrado en él semblante que en realidad no era el suyo. Alcibiades, como tan cursado en las formas de urbanidad, no podía dejar de dirigirse á estos sus dos grandes amigos, suplicándoles concurrieran á su comida, si bien no contaba con su aquiescencia. En este concepto, para llenar el número máximo, esto es, el poético nueve, llamó al viejo Antístenes, el héroe de la pobreza; á Fedón, uno de los más sabios y virtuosos académicos; á Xenofonte, su colega en la escuela, no menos que en las armas; á Xenócrates, y á su maestro Sócrates, por quien abrigaba filial cariño.

La casa de Alcibiades era digna de tal dueño, fastuosa y alegre en sumo grado, prevaleciendo en ella las estatuas de Fidias y los cuadros de Melanto. Había adquirido cueste lo que costare una docena de las más ricas obras de Apeles, discípulo del pintor que acabo de nombrar, y allí, alternando con las del maestro de éste, daban gran precio artís-

tico á la morada del gran señor, tan fuerte con el brazo y la palabra como apasionado por las artes. Ya se deja conocer cuáles serían los asuntos y objetos de la predilección de Alcibiades, siendo como era enamorado del amor, y uno mismo con todo lo á él atañadero. Elena, bordando en el palacio de Príamo las telas de que se viste su ilegítimo consorte, estaba representada á lo vivo. Llega Venus y le manda salir tras ella : niégase la fugitiva esparciata, y allí la cólera de la diosa. ¿Quién resiste á semejante deidad enojada? Cúbrese con su velo la angustiada Elena, y en silencio la sigue al palacio de Alejandro.

Otro cuadro representa á este hermoso canalla, no refugiado en su palacio, sino cuando iba á combatirse de persona á persona con el rubio Menelao, habiéndoles dado campo y plaza Agamenón y Príamo, y repartiéndoles el sol Héctor y Ulises. París, alto y firme, está allí, cubiertas las espaldas con la piel de leopardo que todos conocen en la *Iliada*. El yelmo resplandece en su cabeza, ondeando al aire las crines de caballo negras y relucientes que le sirven de penacho. Arco y carcaj cuelgan de sus hombros, la espada á la cintura. ¿Á quién no infundiera pavor ese guerrero con tan terribles armas y porte tan airado? Vencido será el cobarde, y en brazos de mujer ajena irá á desplegar el esfuerzo que le falta en la batalla.

El viejo Príamo, en el acto de salir con Antenor por la puerta Escea en su dorado carro, asunto es de otra pintura : las crudezas de la guerra y los triunfos del placer, sin orden ni sucesión, adornan las paredes de la casa de Alci-

biádes. Un cuadrito elegíaco interpuesto entre recuerdos sangrientos de la guerra, hacía figura deliciosa en ese concurso de obras maestras. Era la cervatilla de Cipariso muriendo de la flecha que Silvano acaba de arrojarle al costado. El animal no expira aún : caído de largo á largo en el suelo, sus grandes ojos llenos de lágrimas se vuelven á la parte por donde asoma su dueño, el dolor y la muerte en el rostro. Muere la cervatilla, y muere allí luego el niño Cipariso. Silvano está para volverse loco, viendo á sus pies los dos cadáveres, y se queda sobre ellos en mudo asombro, después que ha pasado el arranque de desesperación.

Este aposento sirvió de comedor para el banquete de Alcibiades : todos se hallaban presentes, menos Sócrates; mas como la hora fuese pasada, se pusieron á la mesa, no sin echar de menos á su amigo. ¿Si viene? ¿si no viene? « El maestro es puntual, Fedón, respondió Alcibiades. Xantipa será quien nos haga saber el motivo de esta ausencia.

« Ya, repuso Fedón : ella trae siempre en la manga lo que ha menester para frustrarle á su marido una salida de cualquier linaje. Admirame que le hayamos tenido dos veces entre nosotros estos días.

« La tercera le pareció abuso de autoridad á la condescendiente Xantipa, dijo Cerécrates : si no le ha escondido la capa, le ha quitado los zapatos al instante que salía.

« De corazón es buena: tan luego como le pasa la cólera, se echa á llorar, y con esto le trae las lágrimas á los ojos á su víctima.

« ¿Tú sabes muchas cosas de éstas, como su amigo familiar? Oh Cármidas, cuéntanos algunas de las mejores.

« Las contaría en su presencia, Cerécrates : ausente el maestro, silencio es lo más respetuoso yendo de Xantipa. »

Antístenes recordó que más de una vez le había sucedido á Sócrates estar andando á prisa, á ocupación urgente quizá, y quedarse de súbito parado, embebido profundamente en ideas y reflexiones con él sólo familiares. No habéis puesto en olvido cómo sus discípulos Fedón y Cerécrates, á ruego de Xantipa, echaron un día á correr la ciudad de Atenas en busca del maestro diez horas ausente de su casa.

« ¡ Y digo cómo y en dónde le hallamos ! respondió Fedón : en el pórtico del templo de Minerva, inmóvil como cuerpo sin alma, recogida la mirada, caída sobre el pecho la cabeza, si no le tocamos repetidas veces, no vuelve al mundo.

« Los dioses le causan esos arrobamientos que le hurtan, en cierto modo, á la vida terrenal, dijo Xenofonte : ¿quién sabe si cuando de aquí salimos esta tarde le hallamos por ahí en uno de esos éxtasis celestiales?

« Todo puede ser, amigos : mientras Sócrates nos es restituído por los dioses, bebed conmigo á su salud.

« No puedes proponer asunto más grato, Alcibiades, respondió Fedón. Donde falta Sócrates, falta la sabiduría ; mas no es necesario que nos falte el vino.

« ¿Faltar? replicó Alcibiades : eso me da que me lo pidáis de Histiea ó de Epidauro. Sobre los pichones que acabamos de comer, ciertamente, un vaso del primero viene de perlas. ¿Sabéis que estos polluelos son de las palomas de Tisbe?

« Ya me lo estaban diciendo la suavidad y el sabor de tan gustoso bocado, respondió Antístenes : de estas cosas, para los pobres.

« Para los pobres... El asunto vino sin pensarlo á la pobreza.

« ¿Y cómo no, Alcibíades? ¿no ves que yo no me regalo tarde y mañana con estas gollerías?

« Tomamos por el maestro : ¡ salud ! dijo Fedón ; y á un tiempo apchugaron todos el delicado *histica*.

« Ruégoos, amigos, me digáis de lo que se trató en el banquete de Platón : ¿ese hombre celestial propuso materias admirables, sin duda?

« Rodó la conversación, Alcibíades, contestó Xenofonte, sobre tu ausencia : unos la atribuían á la bella Teodata ; otros á la sin par Lastenia.

« ¡ No hay tales carneros ! respondió Alcibíades : el hecho es que Pythia me mandó rogar pasase luego á su casa, por cuanto Aristóteles era víctima ese día de una de sus negras accesiones de tristeza.

« ¿Y saliste con tu empeño de disipar el nubarrón? preguntó Speusippo, tomando la palabra por la vez primera.

« Tanto, que la amargura fué luego convertida en dulce charla. Aquí tenéis el honorario de esa visita : son estos nidos de golondrina sazonados á la manera de Corinto, que me ha enviado Pythia para que os regale con ellos.

« ¡ Presente de Pythia ! exclamó Cerécates : gran cosa, por cierto.

« Luego tomamos á la salud de Aristóteles, aun cuando no te creemos una tilde de la pajarota de la llamada », dijo Antístenes.

Sonrió el libertino ; y sin insistir en su mentira notoria : « ¡ Á la salud de Aristóteles ! »

Bebieron todos, y todos de buena voluntad, aun Speusippo, quien conocía muy bien la inquina que ocultaba en el corazón por él su sabio condiscípulo ; y dijo Cerécates : « En realidad de verdad, yo también quisiera ponerme al corriente del asunto que sirvió de fundamento á la conversación de vuestro banquete anterior : Xenofonte, á ti la respuesta.

« Dijéronse cosas grandes, respondió Xenofonte ; figúrate las ideas, las expresiones de Sócrates y Platón en materia tan elevada y fecunda como la verdad y la justicia. Fedón habló de Academia.

« Cuán mezquinos fueron mis conceptos para con los tuyos, Xenofonte ? Si algo dije que valiese la pena de ser oído, el mérito de ello debió de estar en la materia misma, y no en mi palabra.

« Si fué de la verdad, fué también de la mentira, volvió á decir Speusippo : de la mentira á la hipocresía no hay ni un paso. Póneseme ahora este vicio por delante, á causa que un bribón llamado Teocles me anda cogiendo las vueltas, por ver si no caigo en la red de sus ficciones y santas bellaquerías, por donde imagina sacar provecho de mi ingenuidad.

« Teocles... ¿Será quizá Estrátocles, el que los engatusó á los atenienses con la famosa mentira que nadie ha olvidado?

« ¿Cuál fué esa mentira, si eres servido, Fedón?

« ¿Cuál? Speusippo gusta de oír lo mismo que sabe más

que cualquiera. Los hay que tienen este curioso defecto. Pues sucedió que nuestra escuadra fuese destruída de remate cerca de Amorgos : sábelo Estrátocles secretamente, se echa una corona de laurel á las sienas, vuela al Cerámico, y allí : « ¡ Atenienses ! los dioses nos han concedido la victoria más cumplida que pudiéramos desear : la flota enemiga, hecha pedazos, ha dejado el campo á nuestras naves : nuestros soldados vuelven llenos de gloria ». Decreta en seguida regocijos públicos, distribuye pan y vino al pueblo loco de placer; todo es alegría por Atenas. Dos días después llega la verdad desnuda : la escuadra ateniense ha sido echada á pique; los que no muertos, prisioneros. Estrátocles, aherrojado, comparece ante el tribunal á dar cuenta de su impostura y sufrir en seguida la pena de la burla que había llevado adelante. ¡ Atenienses ! dice, ¿ qué mal os he hecho con haberos proporcionado dos días de gusto y abundancia ?

« Pues yo quise saber de vosotros, dijo Speusippo, si mentiras como ésta requieren todo el rigor de la ley, y si el juez ha de descargar el brazo sobre el que las ha proferido ?

« Estrátocles fué absuelto, respondió Cerécrates; por donde venimos á colegir que su mentirilla había sido del genio de los atenienses.

« No del gusto, sino del genio, dijo encapotando la frente un austero personaje que se había dejado estar en inviolable silencio : los atenienses son cómicos de nacimiento y por naturaleza. No omitas, Cerécrates, el recordarnos que cuando ese farsante de Estrátocles hubo dicho lo que has referido, el pueblo batió las palmas, se rió hasta no más, y se fué por la ciudad haciéndose lenguas del bellaco

que les había dado de comer y beber por cuenta del erario, festejando la ruina de nuestra escuadra.

« Ya sabía yo que Xenócrates no concurría en un mismo juicio con los atenienses, ni en esta ni en otras materias, dijo á su vez Antístenes : hasta cuándo, amigo, serás así tan rígido.

« ¿ Luego tú apruebas la *mentirilla* de Estrátocles ? respondió Xenócrates con mucha cólera. Mentirilla... Yo le hubiera condenado al último suplicio al embustero sin entrañas. Acababa de hundirse el poder de Atenas, los lacedemonios se nos venían encima, y el muy bribón hace de tal desgracia asunto de una comedia.

« Pero en fin, replicó Antístenes, ¿ qué mal les había hecho á sus conciudadanos con darles dos días de gusto y abundancia ?

« ¡ Ninguno ! Alcibiades tampoco no los hace : ¿ pero nos ha traído á comer en su casa para brindar á la ruina de la patria ? Tú querías una derrota nuestra cada semana, á efecto de que Estrátocles repartiese pan y vino.

« Tente, amigo, dijo Alcibiades interviniendo; no es cosa de ponernos hoy á echarle pasadores á nuestro pobre Antístenes. »

Sonrióse Antístenes, y replicó por su parte : « Este Xenócrates es el Xantipa de los filósofos : ¿ veamos si me tiras á la cabeza el cántaro de agua ? »

Alcibiades echó el montante con el vaso de vino de Epidauro que sirvió á todos, proponiendo un brindis á la salud de las más bellas de las griegas.

« Peor por ahí, volvió á decir Antístenes : Xenócrates va á pensar que este vaso de vino de Epidauro es de veneno.

« Aludes á la aventura de Xenócrates con la her-

mosa Laís, esto está saltando á la vista, dijo Speusippo.

« ¿Cuál es esa aventura? preguntó Fedón: ¿Xenócrates las ha dado por correr aventuras? Esto sería Timón enamorado del género humano.

« Primero que Timón, Dión y Xenócrates sacrifiquen á las Musas, le hemos de ver á Alcibiades convertido y formal, respondió Cerécrates. Si Xenócrates me da permiso, contaré su aventura para los que aun no la saben.

« Cuéntala, dijo secamente Xenócrates.

« Pues ocurrió que un día la hermosa Laís, oyendo hablar de la frialdad de este filósofo con las mujeres, apostó que daría al traste con su continencia, y metería fuego á ese montón sabio de nieve. De modo se ingenió la cortesana que Xenócrates no pudo excusarse de ir á su casa. Ya os figuráis si estarían puestos en campaña talento, hechizos y más campeones del amor, cuando iba de empresa de tanto bulto como domeñar al bravío filósofo. Xenócrates, bien como si las divinidades castas é inocentes le hubieran arrebatado la sangre al cielo, permanecía insensible á las miradas, sonrisas y maneras expresivas de la sin par hermosura. Cansada de tanto hacer, despechada de no poder cosa con ese hombre raro, exclamó: « Yo aposté que triunfaría de una criatura de carne y hueso; con este pedazo de mármol, nada puede la belleza».

Dailoco no había proferido un término hasta entonces: al oír « belleza», todos se volvieron hacia el divino griego que allí estaba ardiendo en escondido rubor, después que, sin tener advertencia á las palabras que se le vinieron á los labios, había repetido en voz alta las de Laís: « Con este pedazo de mármol, nada puede la belleza».

« ¿Y contigo hubiera podido algo? preguntó Alcibiades maliciosamente. — Dailoco bajó la vista y respondió: Nada.

« ¡Tenemos otro Xenócrates! dijo Fedón. Pero tu cara no es para esas obras: has de traer fruncido el entrecejo, fosca la mirada, para que nada intenten Laís y las de su escuela.

« ¿Á no ser que reciba lecciones de Alcibiades?

« ¡Muchacho! respondió éste á Dailoco, quien se había atrevido á echarle ese rehilete; ¿en Siracusa no se cultiva la ciencia del amor?»

Dailoco estaba hermosísimo entre irónico y avergonzado: Critóbulo le hubiera cedido la palma sin entrar con él en cuentas, y Autólico apenas hubiera sido osado á mirarle al rostro. Los grandes ojos del siracusano ardían en fuego negro: sus pestañas, largas, espesas, eran ondeadas hacia la mitad, y las puntas querían volverse hacia los párpados. La frente mediana, según la condición de la hermosura entre los griegos: la nariz recta, perfecta, con las ventanas graciosamente infladas, para dar salida y entrada en porciones abundantes al primer elemento de la salud y la vida. La boca hubiera sido envidia de una reina joven: los labios, abultadillos, eran como rosas abiertas con el sol de la mañana. Este conjunto de facciones primorosas estaba coronado por cabellera rubio-oscuro, distribuída en anillos revueltos en magnífico desorden. Dailoco era el amor de Siracusa, y había sido la admiración de Atenas, cuantas veces le vieran allí los hijos de esa ciudad adoradora de lo bello.

Xenócrates estaba fingiendo alto desdén por el joven

que tenía cautivos á los demás. « Tiempo tirado por la ventana, dijo, el que se emplea en estas frivolidades. Belleza... ¿qué es belleza? Amor... ¿qué es amor? Si me habláis de la del alma, hallaréis en mí uno de sus esclavos. La de la mujer es prenda efímera que suelen tomar los incautos dando sobre ella tranquilidad, cordura, salud, y honra quizá. Á mí no me subyugan sino las cosas de belleza permanente, y éstas son las divinas.

« Puesto que Platón nos ha enseñado la inmortalidad, respondió Alcibíades, tiempo nos sobrará para la belleza y el amor de la otra vida, para los afectos y las pasiones inmortales : ¿cómo quieres usurparle al cielo sus virtudes y placeres mientras la tierra nos tiene sujetos á ella con el vínculo infrangible que tú llamas frivolidades y flaquezas? ¡ Amigos ! una copa de este vino de Yámpolis á la caída de Xenócrates. »

Alzóse alegre estruendo en torno de la mesa, y todos, puestos de pies, levantaron sus copas exclamando : « ¡ Á la caída de Xenócrates ! »

Rióse gravemente el inflexible griego, y dijo : « No será ésta la primera que habréis bebido por cosas vanas : tomad el dulce yámpolis, ahora que por consejo de Hipócrates andamos relevados de los deberes que son nuestra regla común; empero no olvidéis que una cosa es la libertad de la lengua en ratos de buen humor, y otra muy distinta el conjunto de acciones que califican á los hombres : fuera de la virtud no hay filosofía.

« Fuera de la virtud no hay filosofía, repitieron todos, y alargaron el brazo hacia la urna que contenía el exquisito vino. ¿Tomar una copa á la salud de los filósofos es apartarse de la filosofía?

« De ninguna manera, Antístenes, respondió Xenócrates : la tomo contigo para que olvides mi sátira de poco ha. ¡ Pues no es bueno que te haya echado yo en cara la pobreza, que es el timbre de tu vida ! No faltaba sino que te aconsejara enriquecerte á todo trance, á fin de que no tuvieras interés en las imposturas de Estrátocles.

« Si yo te echase en cara tu continencia, ¿te enojarías, Xenócrates?

« No; así como tú no has tomado á injuria el que yo te hubiese zaherido con tu pobreza. Yo sé muy bien que mil veces has podido hacerte de bienes de fortuna : si ahora no los tienes acopiados, es porque los desdeñas. Alcibíades, el rico, ¿tomas á la pobreza de Antístenes?

« De mil amores, respondió el achispado libertino, y tomaron él y cuantos eran sus huéspedes por la pobreza de Antístenes y la continencia de Xenócrates.

« Alcibíades que acaba de brindar á la pobreza y la continencia de estos dos respetables varones, dijo Dailoco, ¿ha tomado quizá otra ocasión por la fealdad de Sócrates?

« La fealdad de Sócrates es belleza, convenidos estamos en esto, respondió Fedón; así es que tú eres de su gremio.

« Ser de su gremio sería en mí triunfo mayor que esta mezquina hermosura que de nada me sirve. ¡ Dichosos los feos como ese hombre divino !

« Joven, respondió Xenócrates, con estas nobles palabras has alcanzado la corona de la filosofía : si así te sabes expresar, la perfección de tu alma no está lejos de ser igual á la de tu cuerpo.

« Uvas de Arna, amigos, dijo Alcibíades; ¿gustáis de las uvas de Arna? Mirad estos racimos, cuán gordos y maduros.

« Tan buenos como las de Histiea : gracia es la tuya, Alcibiades, ofrecer así á tus convidados las cosas más distantes y exquisitas. »

« Desgracia sería en mí no dejaros satisfechos. Contento quedaré si os agradareis de estos melocotones que á la verdad parecen estar chorreando almíbar. »

« Sócrates se proponía ser el del silencio en este banquete, dijo Fedón : ¿quién es el que ha hecho sus veces?»

Todos miraron alrededor y fijaron la vista en Cármidas : « ¡Hola ! dijo Speusippo, ¿tú has hecho aquí de persona sin voz?»

« Todo oídos, Speusippo : he quedado hechizado por Xenócrates. »

« ¡ Luego no es Dailoco el que se lleva la palma ! exclamó Antístenes. »

« En reuniones de hombres cuerdos, respondió Dailoco, no es el bien apersonado el que se la lleva ; mas antes el sabio y el virtuoso. »

Bebieron todos la última copa de vino de Epidauro, y despidiéndose del dueño de casa después de las abluciones de costumbre, salieron y se dispersaron por las calles de Atenas.

Fedón y Cerécrates iban juntos : desembocando en una plaza frente por frente al Partenón, he allí un hombre inmóvil en el atrio de este sublime edificio. « Allí le tienes, dijo Cerécrates : ¿cuántas horas lleva de estar hablando en silencio con los dioses?»

« Iba al convite, sin duda, respondió Fedón : Minerva le salió al paso y le dejó como muerto debajo del poder de la inspiración divina. Déjale : impiedad sería despertarle

de ese fecundo sueño. — Pero la noche, que se acerca, replicó Cerécrates, puede serle perjudicial : vamos hacia él.

« ¡ Sócrates ! ¡ Sócrates ! » Volvió el maestro la cabeza sorprendido : — « Fedón, ¿qué haces aquí? y tú, Cerécrates... oh amigos... »

« Tú has comido mejor que nosotros, dijo Fedón : Alcibiades te agradece la puntualidad. »

« Alcibiades... ¿qué ha pensado de mí?»

« Que te hallarías por aquí en poder de tu Genio ó Divinidad propicia. Ahora á casa, maestro : Xantipa se está muriendo de inquietud. »